

## Bloc de notas



## La huida de Kaltenbrunner

Franz Kain narra en *El camino al lago Desierto* la ascensión a las Montañas Muertas del jefe de la Policía del Führer



LUIS M. ALONSO

Las Montañas Muertas, en alemán Totes Gebirge, son un macizo de los Alpes Orientales entre Estiria y Alta Austria, a aproximadamente doscientos kilómetros de Viena. El lugar, de una inusual belleza, forma parte de la región de Salzkammergut, cuyo nombre proviene de unos depósitos salinos explotados desde la Edad del Bronce y donde abundan los lagos. El paisaje, poblado de preciosos valles, es capaz de elevar cualquier espíritu.

Allí buscaron refugio al final de la II Guerra Mundial algunos altos mandos nazis huyendo del castigo que les esperaba por los crímenes cometidos. Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich alemán, intentó esconderse en el altiplano en mayo de 1945. Conocía el terreno que pisaba. De origen burgués, estaba familiarizado con las montañas de la patria chica, la primula mínima, la genciana y la rosa de los Alpes. Valoraba con la altanería que le otorgaba ser miembro de una aristocracia alpina al grupo de la Asociación de Montañeros Licenciados, frente a la inexperiencia de sus acompañantes en la huida, guías de los Amigos de la Naturaleza, todos ellos provenientes de Viena, la ca-



El camino al lago Desierto

FRANZ KAIN  
Periférica, 112 páginas, 15 euros

pital de «bosques pútridos» que tanto despreciaban los nazis.

Franz Kain (1922-1997), originario como Kaltenbrunner de la Alta Austria, recrea el pensamiento del jefe de la Policía del Führer en su preciosa novela corta *El camino al lago Desierto*, que ahora publica Periférica aportando, además, las primeras pistas sobre un autor desconocido en España y que no gozó a mediados del siglo pasado de demasiado predicamento en su país, por culpa de su afiliación comunista. Kain sospechaba, como se pone de relieve en el posfacio de la cuidada edición española, que, al publicarse sus libros en Berlín Este y recibir atención por parte de la renombrada editorial Aufbau, el «odio a la RDA», importado de la República Federal de Alemania, se había vuelto contra él. Sigurd Paul Scheichl, autor del útil posfacio y catedrático emérito de la Universidad de Innsbruck, sostiene que seguramente no se equivocaba del todo. El caso es que tuvieron que pasar años para que la obra de Kain, escritor de prosa deslumbrante y que teje con encomiable maestría los hilos cruzados de la narración, fuese conocida en Austria.

El relato es tan sucinto que resulta imposible prescindir de un párrafo. Todos son necesarios y están tan bien tejidos que no hay modo de apartarse de esa neblina que ha atrapado a Kaltenbrunner en la búsqueda de su verdad. Es un nazi de primera hora, altivo, dotado de una educación superior, que trata de ganar tiempo para poder regresar cuando las aguas se hayan calmado. Al igual que hicieron otros, para ello no duda en desmarcarse de los jefes del partido, como Himmler, su jefe, al que trata de ridiculizar. Pero no anida en él, sin embargo, voluntad de rectificarse; de nada de lo que ha hecho está dispuesto a arrepentirse. Es más, en la huida ha almacenado en su defensa los recuerdos que le convienen: el judío al que le dio agua, la protección personal de la tumba de Jakob Wassermann y hasta su papel decisivo en la salvación de obras de arte. Si no fuera por él, piensa Kaltenbrunner, el mundo se habría visto privado de la contemplación del Político de Gante, requisado y guardado por los nazis junto a otras grandes pinturas en una de las minas de sal de Salzkammergut.

Pero ¿cuándo volverán las aguas a su cauce? La mano derecha de Himmler acude al espejismo de las altiplanicies alpinas como metáfora: «Después, cuando el viento enmudece y el sol vuelve a salir, uno perfora la grávida capa de nieve, y ahí yace el vasto plano, inocente y centelleante. Todas las huellas han quedado borradas, el paisaje blanco se ha convertido en un terreno virgen en el que uno se adentra como el primer hombre, y pasadas y olvidadas quedan las penas y las fatigas. Así sucederá también cuando él regrese de esta larga caminata, cuando vuelvan a imperar el derecho y la ley».

Quedan las huellas. A Zierteis, comandante del campo de Mauthausen, subordinado suyo, la planificación no le ha ido del todo bien. Los fallos técnicos se han sucedido entre los fogoneros del crematorio y el paisaje nibelungo no es el adecuado. El equilibrio natural tampoco es el mejor ni el más delicado. «Pero siempre que se tala el bosque saltan astillas. El orden es lo primordial. Quien limpia un establo necesita una escoba». Esos pensamientos lo conducirán a Nuremberg.

## La dura caída

Trece visiones de la crisis, desiguales en acierto pero necesarias



ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

Les decía a sus alumnos el lúcido profesor que interpretaba Federico Luppi en «Lugares comunes», de Adolfo Aristarain, que las mejores preguntas son las que vienen repitiéndose desde los filósofos griegos, el qué, cómo, por qué, cuándo, dónde, esos lugares comunes que no pierden vigencia. Trece autores se hacen esas preguntas sobre la actual depresión económica, sus orígenes, los modos en que se ha venido actuando, por qué se ha producido y, sobre todo, cuáles son sus consecuencias. Lo hacen desde un enfoque que podríamos de-



nominar de izquierdas, o de insubordinación cívica anticapitalista, si se quiere. Las respuestas no son sencillas. Esto que por inercia se sigue llamando crisis (para países como España es una depresión en toda regla) es una realidad compleja y, como tal, es razonable pensar que su origen es multicausal. «Constituyente», «Crédito», «Desahucios», «Deuda», «Paro», «Representación» y «Trabajo» son los títulos de algunos de los ensayos, en los que a menudo los autores (Isidro López, Bibiana Medialdea, Alberto Garzón, Cristina Carrasco, Alberto Riesco y otros) realizan un recorrido histórico por el concepto del que se ocupan antes de traerlo al presente.

Dicen en el prólogo Pablo Bustinduy y Jorge Lago que en este libro no

Lugares comunes: trece voces sobre la crisis

VARIOS AUTORES  
Lengua de Trapo, Madrid, 2013  
262 páginas

se «busca dar respuestas unitarias o definitivas a ninguna de las preguntas y los conceptos sobre los que trata», sino más bien apuntar el hecho de que cuando hablamos de la crisis estamos «atravesados por un relato construido a partir del sentido y los lugares comunes, que no son otros que los de los muchos centros del poder».

De los desaforados polvos del capitalismo vienen estos sangrantes lodos, ese axioma parece innegable. La gravedad de la situación está en que nos incluye a todos y no parece que todos estemos de acuerdo a la hora de valorar y depurar responsabilidades, ni que todos estemos pagando las consecuencias de la manera equitativa y progresiva que sería deseable (las víctimas de una deficiente, por no decir nula, política pública de vivienda, orientadas durante los años locos a endeudarse, están pagando duramente, mientras que las firmas bancarias que hacían y hacen negocio con esa deuda son rescatadas con dinero estatal, por ejem-

plo). Nuestra caída es un poco como la que se le anunciaba a Holden Caulfield en *El guardián entre el centeno*, es el tipo de caída «destinada a los hombres que en algún momento de su vida buscaron en su entorno algo que éste no podía proporcionarles».

Este libro, desigual y no sé si enteramente acertado, pero absolutamente necesario, entronca con *Más allá de la democracia*, de Gilles Dauvé y Karl Nesic, otro volumen recientemente publicado por Lengua de Trapo, en el sentido de que en el centro de lo que se debate hay un asunto esencial que ambos comparten: la idea de que el capitalismo se fundamenta en realidad sobre la falacia de un intercambio libre y voluntario de bienes y servicios, dinero y mercancías, en el que seres desiguales aceptan o son obligados a tratarse y competir como iguales cuando en realidad no lo son. No es lo mismo el empleador que el empleado o el senador que el limpiabotas, no lo han sido nunca y nunca lo serán.